

Ábrese el BAZAR á las 6:30 m.
Ciérrase á las 11:45 n., ó des-
pués, si hay gente.

1.

1892.—Se publica el primer
número de este periódico.

SÁBADO

Para los forasteros, San
Bienvenido.

EL BAZAR MURCIANO

Eco del Establecimiento de su nombre.

Se publica todas las Férias.

DIRECTOR-PROPIETARIO, RICARDO BLAZQUEZ.

NOTA ELEGÍACA

Con ocasión de esas lindas figuritas de huertanos, que por estos días de la FERIA suele exhibir en sus escaparates el amigo Blázquez, entre tanto precioso juguete y tanta chuchería de buen gusto..., permítaseme que lamenté la desaparición de las parrandas.

Aquellos tipos de huertanos, elevados á la categoría del arte por el escultor Sanchez (mi colega de la Comisión de Monumentos) en su famosa pareja de maniqués para la Exposición Universal del 67, y reproducidos después con gracia ingeniosa por Perico el Santero, no existen ya en la huerta. Ni los amplios zaragüelles, ni el jubón con sus broches, ni la manta de colores vivos; ni el armador bordado en lentejuelas, ni el refajo rumboso, ni el moño de picaporte, ni las mangas de jarra... Pero si ya no existen ni las jarras *aquellas!*

El mismo lenguaje *panocho* es hoy una reminiscencia literaria solamente.

El ferrocarril y la inundación lo han transformado todo, habla, trajes, viviendas y costumbres.

Con decir que hoy son raros los golpes de *dompedros*, antes indispensable adorno de todas las *barracas!*

La huerta ha echado humos, y *civilizándose*, ha ido perdiendo su particularismo, su carácter local. Esto se nota con especialidad en los bailes. Aún no ha llegado á los bailes *agarrados*... porque nó; pero las malagueñas (sencillas, dobles y cartageneras) las sevillanas, el bolero, esos son los que privan, y bailados con arte primoroso, que exige aptitudes y aprendizaje con maestro. Y las *parrandas*? No hay ya quien las sepa ni las quiera bailar. Son cosa *antigua*. Casi le ofende á la *juventud* actual que le hablen de semejante vejistorio.

Y sin embargo, las parrandas eran antes el baile típico de nuestra huerta y la animación y la alegría de sus bailes. Seis, ocho y más parejas de zagalas juncales y de mozos fornidos, moviéndose con ritmo y haciendo sus mudanzas al compás de una música *jubelona*, poco sentimental, y de unas coplas con sus puntos de humorismo villanesco (que por eso sin duda fueron las predilectas del ingenioso Vado), llenaban la esplanada de una puerta, que alumbraba la llama de un candil, débil para alcanzar á todo el corro circunstante, donde había penumbras discretas, y donde con el bullicio de los bailadores, dejaba de imponerse la formalidad ceremoniosa que en estos otros bailes impone la importancia y mayor interés del espectáculo.

Y era de ver y oír al tío Tomás Borete, por ejemplo, con sus setenta años y su *limpquio* y sus zaragüelles todavía, reverdecerse tocando las parrandas, y cantando:

«Hace un pájaro un nido
con gran fatiga,
viene un aire contrario
y se lo *erriba*.
Pájaro tonto,
déjate de las ramas,
hazlo en el tronco...
Allá va el retal
con sus tres *golpeciquios*
por lo *rigular*.»

«Uno, dos, tres.» Y los marcaba, porque en las mudanzas acompañadas de esos tres *golpes* estaba el primor de cada *ciclo* (como ahora decimos), cuyo remate, satisfaciendo bien, llenaba de ruidosa satisfacción á las parejas y á los espectadores...

Pobre tío Tomás Borete! Con él se han enterrado las parrandas.



Palmar.

Correspondencia Particular

(PERO MUY PARTICULAR)

I

«Mi querida Fuensantica;
Te escribo en medio de un charco de lágrimas. Y las vierto, porque estoy atribulado desde que á Murcia te fuiste solamente con el ánimo de divertirme en la feria en medio de tus paisanos.

Todos ellos me dán celos, y sueño que más de cuatro hasta te hacen cosquillitas con los suyos en tus labios. ¡Maldita feria!... ¡Qué rabia! Y menos mal si en los ratos de ocio te acuerdas del pobre marido que aquí has dejado!

Como antes de hacer el viaje ya tus pelos empezaron á salirse de su esfera y á caerse, yo te encargo que no dejes de encharcarte con PETRÓLEO GAL el cráneo, como aquí hacías los días de fiesta y los de trabajo.

¿Supones que no hay en Murcia PETRÓLEO metido en frascos? Pues para que te convenzas llégate al BAZAR MURCIANO que en esa ciudad hermosa (que dá tan buenos naranjos y tan bonitas mujeres) tiene *Blazquez* (D. Ricardo), hombre que es en el negocio de los bazares tan sabio que yo tengo la evidencia de que á este mundo le ha echado un bazar y no una madre como á los demás cristianos.

Pues bien, al BAZAR de *Blazquez* (que es el más acreditado, porque allí todo es bonito sobre ser bueno y barato) te llegas, pides PETRÓLEO, le pagas, te untas el casco, te crece el pelo al instante y ya puedes sin cuidado recorrer la feria, ver los toros, ir al teatro y asistir á cuantas juergas organicen los murcianos.

Con buena mata de pelo podrás ir á todos lados; pelona... ¡no te presentes delante de tus paisanos!

No escribo más, Fuensantica, pues, la verdad, ya me canso de ir haciendo tanta letra, tanta coma y tanto rabo.

Contéstame, cara esposa, no te olvides de mi encargo, y si te cansa escribirme, pónme un parte telegráfico.

Adiós, pues. Sabes te quiere y desea que en el campo no te dé la tos ferina, que es tos de feria,

CRISANTO.»

II

«Crisanto Gomez Cabéstreiz.
Madrid, Luna, 7; bajo.
Recibí carta. Estoy buena.

PETRÓLEO GAL todo pasto.
Melenas por todas partes.
Compré BAZAR MURCIANO.
¡Buen Bazar! Enamoréme de BLAZQUEZ. ¡Ole, Ricardo!
Acabo echarme coletos dos botellas vino rancio.
Juerga continua. ¡Hasta nunca!
Tuya—*Fuensanta Carrasco*.»

POR LA COPIA,

Juan Pérez Lúñiga.

NIÑERÍAS

Entré en el BAZAR MURCIANO con el niño de Armengol para comprarle un juguete que fuera su distracción.

Pero el diablo del chico, ¿qué direis que me pidió? Pues la nariz de Ricardo que la creyó de cartón.



Un novio empenalizao

La boa de Antón Cerriche

A mí me pasa una estrá y me atosiga una pena que me están rollendo el arma y no pueo echallas juera.

Yo no pruebo la comía ni en er bancal ni en la mesa, y aunque me rinda er trabajo, cuando me echo en la pajera me dá una aflicion ar pecho y un pavor á la caéza, que allí me esjarro á llorar como un zagaliquio é teta.

Ya no me dan armonía ni la burra, ni la cherra, ni er caliche, ni los bolos, ni er baile ni las comedias. Yo tengo una puncha aentro y un rejalar en la lengua y un busano que me roe y una esazon y una esa, que cuarquier noche me acuesto y pue que no árremanaja.

¡Y tuiquio por una asquife de vieja! ¡Malhaya sea! por la tia Faca Espigares, que páece una sangrijuela, con el arma arrobina, y no tié más cosa güena que la probe é su zagala, la probe de Maria-Pepa, que vive como henchizá ignar que paloma témida enjaulaiquia en las cuatro paéres de su vivienda; que no sale como enantes á platicar á la cieca; que no aseucha mis palabras y que se va á gorver ética de tanto como su máere la esazona y la arreproieta pa que ni me dé er salúo ni sarga siquiá á la puerta. Ella nó vá á un esperfollo, ella nó sale á la era ni se asoma al cornijal

pa verme pasar la senda; y á mí me se pone un nio en la campanilla mesma que no he tomao ya un camino por no armar una trigedia.

Pa evitar un trimulto prevocao por la vieja, que es más mala que er baladre y más pesá que la glea y tié una boquiquia é sierpe que sale juevo por ella, tengo aprecio un plan pa dejalla patitiesa, aunque gomite meneno como las salamanquesas.

En er borsillo é la faja tengo más duros que perras, y en er canute metías la fé é mozo y la lisencia; me farta er papel de probe de la Estática y la céula, las cuatro lletras der cura y arguna que otra encomienda que irá á hacerme abora mesmo mi compáere Anton Visera.

Mañá mesmo iré yo mesmo con tuiquia mi elicaeza acompañao der perráneo á platicar con la vieja pa pidille á la zagala y casalla por la ilesia.

Le haré saber como llevo diez tahullas por mi cuenta, que soy pa er trabajo un burro, que tengo un piojar de tierra y, hablando conmigo sólido, seis cochinos y la cherra.

Yo le enseñaré er canute, si sa mester, á mi suegra, con tuiquios los documentos esperfolloos y en regla, y si ice que naranjiquias y er si que aspero me niega, por la noche, de escondite, me llevo á su Maria-Pepa y por mitá é los panizos, sartando azarbes y ciecas, pa epositalla ca el amo me la trayo á coscaletas.

Ensiguia me la llevo á la calle de las Tiendas y entro ca er BAZAR MURCIANO y le merco lo que quiera: media ocena de bucharas, un espejiquio, una cesta, una silla de meneo como las abruzaeras, un par de arracás bien majas, un porrón de agua de esencia, un collar de cuentas gordas y un estruche con tijeras.

Entranamientos, el amo hará toas las eligencias pa que no nos prienda er juez, y á otro día ir á la ilesia á que er cura nos rugie con er guisopo pa in sécula.

Si la tia Faca se ablanda, quié icir que tuiquio se arregla, y si en la boa hay pasteles, pasteles habrá pa ella; pero si sigue emperrá dándole busto á la lengua, no pienso dalle un leñazo en comedio é las orejas, porque eso nó le permite mi crianza y mi concencia, sino cogelle la boca y punchalle con la orqueta lo mesmo que á un morciguillo cuando prenuncia blasfemias.

A ruego de Anton Cerriche,



LA BELLEZA

El hombre siente la belleza y no la explica: es un arcano profundo é impenetrable.

Propiedad misteriosa de los seres y de las cosas, deslumbra los ojos, alegra el corazón, llena al alma de delicia infinita. Parece propiamente una divinidad gentilica, escondida allá, en la augusta vaguedad del templo griego, que excita al culto, y por desconocida, venerada.

Analizamos la masa azul del aire, descomponemos la gota líquida del agua, abrimos el palpitante rayo de luz, en los vívidos pétalos de una flor como notas vibrantes de soberana sinfonía, descolgamos al astro de su órbita rutilante para pesarlo, átomo tras átomo, en la balanza química, calculamos la elástica tensión del éter, que lleva en su inmensa vibración el movimiento animador del mundo, todo lo sujetamos al crisol del análisis, al rigor del examen, á la argolla cruel de la dialéctica, todo, todo, ménos la Belleza, que brilla resplandeciente en la elevada región suprasensible de los conceptos abstractos.

La Belleza fulgura en el Sol, azulea en la inmensidad celeste, vibra en la ola gigante del Océano, canta en los vagos susurros del virgen bosque, aletea en las polieromías fastuosas de los melancólicos crepúsculos, bordados de iris, se sublima modelada en la viva escultura helena de la mujer, criatura y diosa.

Cuando admiramos embebecidos la obra bella, sentimos y amamos; que el amor brota poderoso como una fuerza salvaje, espontáneo como el cristalino raudal del torrente, divino como la encarnación maravillosa de todo lo humano, al choque inmaterial de la Belleza.

Contemplando la majestuosa apacibilidad del estrellado cielo, he gozado la emoción formidable del misterio, mirando el ancho mar que rugía cual coloso encadenado en el abismo, escupiendo en cada ola una diadema deslumbrante de oriental pedrería, he sentido el inmenso terror de lo sublime; bajando á las sagradas profundidades de la luminosa conciencia humana, he visto á Dios, adorablemente encubierto bajo los místicos celajes de la creencia religiosa; admirando el casto torso de Venus, que parecía modelada con blanca nieve de las alpinas montañas y sagrado fuego de los romanos altares, he sentido el amor como una bendición fecunda sobre los senos palpitantes del espíritu.

absorto en las prodigiosas filigranas artísticas que decoran régicamente los lucientes escaparates del incomparable BAZAR MURCIANO del simpático y generoso Ricardo Blázquez, he sabido que el progreso redentor es ley providencial, que el arte es emanación divina, que la Belleza simboliza en el mundo la creación inmortal del reflejo visible de la esencia infinita, pues que Dios cruza el espíritu del hombre cuando crea, descendiendo la soberana inspiración sobre él como un arcángel, para infundirle luz, fecundidad y gloria.

Luis Díez Guirao de Revença.
Pinatar 9 Agosto de 1900.

AL CHICO BLAZQUEZ PARA EL BLAZQUEZ CHICO

—Pero hombre, tiene usted humor, (á Ricardo le decía) de hacer, aun siendo un primor, periódico todavía?
Y él me dijo:—Sí, señor.

—¿Como es usted padre ya...?
—Si esas razones me dá son sin fuste sus razones...
—Dicen que el que es padre está con tantas preocupaciones

que yo pensé que estaría

caviloso noche y día pensando en alguna cosa distinta de la poesía y distinta de la prosa.

—Pues ya ve usted, no señor, estoy de muy buen humor por eso precisamente; conqué, vengan por favor unos versos prontamente.

Pues yo, claro, á discutir sobre lo que he de decir que sea propio y conciso y me permita salir airoso del compromiso.

Y dije: porque le llene del nene hablaré... ¿y si tiene un muñeco...? ¿jojo con eso! Pero he examinado el nene y es vivo, de carne y hueso.

(Mi duda no es de extrañar pues sabido es que el Bazar presenta en su colección algunos, que hay que dudar si son de carne ó cartón.)

Bueno; ya bien convencido de que es verdad, me decido á hacer lo que hacen los viejos: aquí estoy y aquí he venido: ¿á qué? pues... á dar consejos.

Amigo Blázquez: el ser padre tiene su placer, usted lo sabe, no yo; pero no ha de carecer de contras ¡claro que no!

Por eso irá el tiempo andando y ya me estoy esperando que salga usted, y me lo explico, á lo mejor preguntando: ¿á que dedico yo al chico?

Usted estará vacilante y meditando: ¿que haré? Pues yo aquí, desde este instante digo: no lo piense usted sin vacilar, comerciante.

Que si la buena madera que usted tiene en el prospera; el que es hoy BAZAR MURCIANO, será en la terrestre esfera BAZAR del género humano.

¿Y no hay carrera mejor! ¿Qué va á usted á hacerlo? ¿Doctor de cualquiera Facultad? Eso es una atrocidad, ó mejor dicho, un dolor.

Pues los doctores mejores pasan muchos sinsabores y usted está bien enterado: ¡son muy pocos los doctores que pagan hoy al contado!

¿Una carrera ligera? ¡Ca! De ninguna manera! Se necesita estar lelo; pues si eso es darle carrera es una carrera en pelo.

Trabajan que es un exceso y cobrar, cobran muy poco; lo que les toca es el hueso; no, nada, dejemos eso, se necesita estar loco.

Derechito al mostrador, y que se vaya soltando en las frases de rigor.
—¿Hay tal cosa?

—No señor, pero la estoy esperando.

—Dar tanto por esto quiero.
—No puedo, pierdo dinero.
—Vaya, que si lo darás.
—Qué marca? Jota, Hache, Cero. Lo siento, me cuesta más.

Y así sucesivamente, si ha de ser inteligente y á su nombre ha de dar brillo y ha de dejar á la gente sin un cuarto en el bolsillo.

Siga usted mi indicación que tengo mucha razón: y cuando, ya viejo usted, él esté en disposición, lo alecciona ce por bé:

—De mi gran nombre heredero date honra: de lo que quiero á ver si bien te penetras... (y le deja usted dinero para que pague las letras).

M. Perin Garcia

Á RICARDO BLAZQUEZ

No hay modo de resistir á tu fina invitación, pero es esta una ocasión que no se de qué escribir.

Recomendar tu Bazar es cosa bien inocente, pues no hay de Oriente á Poniente quien no sepa que es la mar.

La mar en bisutería, la mar en sedas y lazos, la mar en ollas y cazos, la mar en juguetería...

A primera vista salta que no existe quien te venza. ¿Qué no vendes tú? ¡Vergüenza, que á tantos nos hace falta!

Antonio Osete.

¡Juego!... ¡Juego!...

¡Ibame yo el otro día por la calle muy tranquilo, cuando un grupo que corría me arrastra y me lleva en vilo á dar en la Platería.

—¿Qué es lo que pasa? ¿Por qué tanta gente y tal gritar?
—¡Cómo! ¿No lo sabe usted? Se está quemando el Bazar de la plaza de Joufré.

La multitud lo invadió, y lo que puede arrebata.— De salvar al menos trata lo que pueda—pensé yo.

Y miro, efectivamente, por encima de la gente tanto objeto primoroso que el gran Bazar presuroso vomita incesantemente.

¡Y hoy que con gusto se oyera, la campana vocinglera calla en San Bartolomé? Bien mirado ¿para qué, si está aquí ya Murcia entera?

¡Pobre Ricardo! ¡Dios mio! ¡Horror causará el estrago que hará el incendio bravío: habrá de nikel un lago, correrá de bronce un río.

¡Con qué son tan funeral saltará tanta vitrina con tanto objeto ideal! ¡Cómo estallará la china! ¡Cómo crujiará el cristal!

¡Dadme paso! Es un amigo, aunque me saca el dinero; y, atento á la amistad, quiero ver si salvarlo consigo; la amistad es lo primero.

No oyen mi voz ronca y hueca; pero hasta mí una señora, que de cobarde no peca, y del Bazar, triunfadora, sacó la última muñeca,

llega, y digo con temor: —¿Qué es de Blázquez?
—Está allí riendo á más y mejor.

—Claro!—digo para mí— lo ha enloquecido el dolor.—

Con esta horrorosa idea se centuplica mi brio: y quien lo que hice no crea, el fin del relato lea y me creará, se lo fio.

Desde casa de Pedreño empujo hasta Llagostera, barriendo de acera á acera al grande con el pequeño, que esquivan mi audacia fiera.

Alguien hay que no consiente ser presa de mi furor; y, empujo al tomar, valiente, al relojero de enfrente le rompo el regulador.

El grupo hostil no me aterra; y aunque contra mí se cierra cada vez mas fiero y hosco, les arremeto, y por tierra echo á rodar el kiosko.

No hago caso de Leal que se queja del porrazo, sigo como un vendabal, y al fin á Blázquez abrazo sano y salvo en su portal.

¡Oh desengaños fatales! ¿Qué vieron los ojos míos?:

en su sitio los cristales, los anaqueles vacíos, y del fuego... ni señales.

—O estoy yo loco ó beodo, ó aquí nada se quemó, Ricardo.

—¿Cómo que nó? ¿Pues no vé que falta todo? Lo vendí, lo quemé yo.

—¡Ah! ¿Y eso es quemar la tienda? —Y de ser veráz presúmto. El comercio de mí aprenda. Quien tan barata la venda la verá trocada en humo.

Y con la satisfacción que reboso (aunque hecho trizas tras semejante jabón), recogerá en su cajón... mire V. cuántas cenizas.

Cesó allí mi intrepidez y me acometió un desmayo... pero en mi ser otra vez con un anciano Jeréz me hizo volver mi tocayo.

Esto en sueños entrevi cuando anoche me dormí, inquieto y nervioso yo, porque á Blázquez no escribí los versos que me pidió.

Y en Hellín mi sueño escribo de una noche de verano, para que él, á su recibo, con un dependiente activo lo mande al «Bazar Murciano».

Y le digo, en conclusión, que, tratándose de sueños, y pese al gran Calderón, los hay como éste halagüenos, que no siempre sueños son.

M. Perin Garcia

¡Bonicos y baratos!

Si quíes comprar juetes bonicos y baratos, si quíes comprar cosas bonicas pa regalos, no tiés que ir en ande ni tiés que preguntarlo: hay tóico lo que quieras en el «Bazar Murciano»... ¡de tóico lo del mundo pa los que tengan cuartos!

Yo he visto los juetes bonicos y baratos... ¡estaban unos nenes negricos y escalecicos con ojos como puertas mirándolos clisao!...

V. M.

DRAMAS DE LA VIDA

Una muñeca de rubia cabellera ensortijada, y ojos azules, velados por larguissimas pestañas; una muñeca alevosa de pie breve y mano blanca, que un día, en prenda de amores, entregó á un bebé de cara morena y adusto ceño, Otelo de porcelana con el corazón más grande que su fortuna en las armas, dentro del BAZAR MURCIANO de Cartagena, gritaba pidiendo socorro mientras el fiero bebé, soltando los frenos á su venganza, hundía un sable de plomo en el pecho de la ingrata...

A los gritos, destapáronse las innumerables cajas de los armarios, salieron cien muñecas alarmadas, pidiendo también socorro ante aquella escena trágica; corrieron los mil ciclistas, á toda cuerda en las máquinas, para dar cuenta del crimen á la numerosa guardia de los soldados de plomo, y estos, tocando sonajas y trompetas y tambores hicieron crecer la alarma y que vinieran las gentes á la puerta de la casa...

—¿Qué sucede? ¿qué ha ocurrido?
¿quién es ella? ¿quién se mata?
preguntan todos, queriendo
saber de aquello la causa...

Y el pobre bebé, marido
de la muñequita ingrata
de ojos azules, velados
por larguissimas pestañas,
cerrados ya para siempre...
aquel amante, de cara
morena y adusto ceño,
Otelo de porcelana
con el corazón más grande
que su fortuna en las armas,
salió a la calle llorando
las manos ensangrentadas,
la furia en sus ojos negros,
el desencanto en el alma,
y dijo a las gentes, noble
y digno, sin arrogancia,
—Fué adúltera y la maté
¡y mil veces la matará!

Después la gente ha sabido
que fué mentira aquel drama,
y que aunque hubo tal Otelo
no hubo nunca tal desgracia;
todo fué—según se dice—
compostura y añagaza
de Blazquez y de un poeta
de menor cuantía, para
dar un hombre merecido
al Bazar que en esta plaza
es la gloria de los niños
y de los padres la plaga.

José García Vaso.

Cartagena.

LOS JUGUETES

Mirando los juguetes caprichosos
que alegran el Bazar,
me acuerdo de los años bendecidos
de mi primera edad.

Entonces los juguetes me encantaban,
como era natural,
y jugando con ellos no sentía
las horas resbalar.

Todo era entonces risas y ventura,
todo era dulce paz;
mis sueños arrullaban la inocencia
y la felicidad!

Los años han pasado como pasa
relámpago fugaz,
y los juguetes que mi encanto fueron
hoy tristeza me dán.

Sí, que al verlos tan monos y atractivos
recuerdo con pesar,
que el placer y la gloria son cual ellos:
ilusión de un momento nada más!

José García Vaso

EL BAZAR

No es conjunto de objetos bellos y ricos;
jarrones, porcelanas, concha, abanicos;
almacen de alta ó baja bisutería
ó artísticos trabajos de orfebrería.
No es sórdido comercio, no es la vil prosa
de mercachifles duros: es otra cosa.
Hay en él escondido rico tesoro
de ilusiones y ensueños de rosa y oro.
En él se cristaliza por modo exacto
el anhelo del alma, lo más abstracto.
En él por misteriosa fuerza secreta
toma el vago deseo forma concreta.
Complemento del hombre es sin disputa:
lo que el cerebro piensa él lo ejecuta.
Parece que Dios puso en él sus dones
para hacer realidades las ilusiones.

¿Que exagero? ¿Tomais lo dicho á risa?
No juzgais tan ligeros: no tan de prisa.

Mirad á vuestra madre, débil y anciana:
su sillón, al pie tiene de la ventana:
pero ya no sonríe como otras veces:
tiene apartado el libro donde sus preces
desde que fuera niña siempre ha rezado:
que el cristal de sus ojos está empañado
y aunque por la ventana la luz penetra,
ya, por esfuerzos que hace, no vé la letra.
¡No la vé! significa tan tristes cosas,
que no extrañais sus lágrimas dulces y hermosas.

Mas, ¿qué hay sobre la tierra, de cuanto existe,
que enduice su amargura, su duelo triste?
Nó: no hay nada: que fuera cosa risible
intentar lo vedado por imposible.
«Si tragera...—pensais—pueril y todo,
yo de calmar su pena no hallo otro modo.»
Y al Bazar os marchais: volveis derecho
batallando las ansias en vuestro pecho;
le dais el nuevo libro, la noble anciana
ante el reflejo lo abre de la ventana
y su faz antes triste vuelve radiosa
y os sonríe leyendo su letra hermosa.
Y ¿qué sentís vosotros? Nadie lo sabe:
el Bazar, de ese algo tiene la llave.

Está vuestro hijo enfermo: su cabecita
en la blanda almohada se hunde marchita.
Ya no tiene su cara los arreboles
de la rosa: sus ojos ya no son soles.
En su boca la risa ya no fulgura;
que le abrasa 'os labios la calentura.
No estiendo los bracitos á vuestro ruego,
ni os vuelve vuestros besos, ¡besos de fuego!
El canto de su madre no lo estremece;
nada ya le impresiona, ¡muerto parece!
¡Llorais! ¡Qué mudo el niño vé vuestro duelo!
¡Con qué tristeza el angel tiende su vuelo!
El abuelito llega: turba la calma
de aquel dolor supremo que parte el alma
con insólito ruido de campanillas,
mientras el llanto corre por sus megillas.
El arlequin le muestra... ¡ya el niño mueve
sus ardorosos labios con risa leve!
¡Ya levanta las manos! Sus ojos bellós
de los soles ya brillan con los destellos!
¡La vida! Aunque un momento tan solo sea,
al Bazar se la debe ¡bendito sea!

El Bazar, ya lo veis: rico tesoro
es de ilusión y ensueños de rosa y oro.
El generoso siembra con bellas flores
la senda tortuosa de los amores:
endulza los pesáres, alegra al niño;
él hace mas sabroso nuestro cariño.
No se compran desdenes en sus vitrinas,
ni allí se venden drogas ni medicinas.
En sus bronces bruñidos, en sus cristales,
está, á veces, la dicha de los mortales...
¡La dicha! Aunque un momento tan solo sea,
si al Bazar se le debe, bendito sea!

E. Martínez y Rebollo.

EN VENTA

En ésta Féria, en el Bazar Murciano,
vendo mi corazón como un juguete.
Precio en reales vellón: cinco... seis... siete...
¡Vale tan poco el corazón humano!

Yó no lo quiero en mí; fué mi tirano,
fué siempre de mi amor férreo grillete...
Con que á ver quién el precio me promete
y un corazón se féria éste verano.

Quiero amar y me estorba: las que fueron
sus reinas y á sus plantas lo tuvieron,
me dejaron por él la fé burlada.

¿Pedis que no lo venda? Error profundo.
Amar con corazón en este mundo,
decid: ¿para qué sirve?... ¡Para nada!

Francisco Arzoniz.

Cartagena.

VERDADES CLARAS

¡Otro año más! En aumento
va el crédito del BAZAR:
su comercial movimiento
tiene á Ricardo contento
en su continuo anhelo.

Si vino Gamazo un día
y nos desgarró el bolsillo
con la furia de una harpía,
no pudo en su saña impía,
manchar del BAZAR el brillo.

Ni aun despues de Villaverde,
cuyo recuerdo espantoso
en las entrañas nos muerde,
Ricardo su rumbo pierde,
siempre amable y cariñoso.

Y es que las aspiraciones
del BAZAR son muy juiciosas:
aprovechar ocasiones
y hacer bastantes doblones
dando baratas sus cosas.

Baratas, sí. ¿Quién no sabe
que vender muy bueno y mucho

hay con lo caro no cabe?
Ricardo, sin que lo alabe,
es comerciante muy ducho.

Y como de Hacienda entiende
más que esos polichinelas
que la política asciende,
gana mucho, porque vende
con mercantiles cautelas.

Así, enlazando los años
con positivas ganancias,
contenta á propios y extraños,
y no llora desengaños,
ni insulta con sus jactancias.

¡Ah! Si esos sábios de pega
desterraran sin pasión
la soberbia que les ciega,
irían á donde llega
Ricardo con su tesón.

Y la patria, prosperando
con riqueza y bienestar,
marcharía progresando
á la vez que desterrando
los dolores de su hogar.

Pero nó: ¡delirio vano!
España está condenada
á tener fisco inhumano,
para estar bajo un tirano
eternamente humillada.

Ricardo, ejemplo es palpable
de verdadero hacendista;
todo lo encuentra viable;
y á su talento notable
no hay nada que se resista.

Yo, si en mi mano estuviera,
para aplicar un cauterio
al cáncer que nos lacera,
á Ricardo Blazquez diera
de la Hacienda el Ministerio.

Él llevaría al Tesoro
su sistema mercantil,
y con nobleza y decoro
un hervidero de oro
fuera la industria fábril.

Y la muerta agricultura
y el comercio comprimido
alcanzaran gran altura,
dando así paz y ventura
á este país abatido.

Y el propietario pequeño
que sostiene eterna guerra
contra el fisco (que es el dueño)
realizara al fin su sueño
dorado, sobre la tierra.

Eso el buen Ricardo haría
con su talento fecundo
y con su honrada hidalguía,
y España entonces sería
la mejor nación del mundo.

Su BAZAR es un modelo
que debieran imitar
los que alzar quieren el vuelo,
pues sin trabajo y desvelo
no se puede prosperar.

Andrés Blazquez

Á BLAZQUEZ

Vengo á hacerte una intencion
con una doble visita,
por tener la navajita
de comprarte una ocasion.

¡Ay, cuanto BAZAR MURCIANO
he visto en este recreo!
Bañadores de paseo,
manguitos para el verano,

pañuelitos de jabon
y pastillas de narices
y escopetas de raices
y cepillos de piston.

Petacas para pendientes,
para las chicas, pitillos,
para las medias, palillos
y ligas para los dientes.

Plumeros de agua bendita
y pilas para limpiar;
cordones para fregar
y esponjas de Santa Rita.

Para los chicos, muñecas,
para las chicas, pelotas
y esencias para las botas
y betun para las pecas.

Panderetas de tres pies,
candelabros con madreños,
pantallas para los moños
y peinas para quinqués.

Adornos que dan la hora
y relojes de sombrero;
povos para caballero
y pipas para señora.

Hay alfombras de alcornoque,
cayadas con fondo en sedas
y bastones de tres ruedas
y bicicletas de estoque.

Y dice mi amigo fresco
que disparato... ¡Está Vazquez!
Yo bien sé lo que me Blazquez,
¿no es verdad, amigo pescó?

P. Jara Carrillo.

UN RECUERDO

Al pasar por delante de la magnífica
sucursal que del «Bazar Murciano» existe
en esta población, mi amigo X., que me
acompañaba, exclamó al ver los esplén-
didos escaparates atestados de lindos ju-
guetes y preciosos objetos:

—«¡Ay amigo mio! ¡Qué cúmulo de
tristes recuerdos despierta esto en mi
alma! ¡Qué pena tan íntima siento en mi
corazón!

¡Oh juguetes, juguetes! Ellos fueron el
encanto y la ilusión del ser que Dios se
dignó darme... para arrancármelo tan
pronto! Ellos constituyeron para él la ale-
gría mas grande de su vida; la ambición
de su inocente alma... Ellos labraron las
horas mas dichosas de su breve existen-
cia... ¡Tener juguetes... muchos jue-
gues...! Esto era su afán mas grande, el
ideal de su vida! ¡Cuántas veces, en ese
encantador dialecto del tierno niño, y bri-
llándole de anhelo y de entusiasmo sus
hermosos ojos, me pedía un juguete del
«Bazar Murciano»... Alguno cuya imagen
preocupaba su delicado y virgen cerebro.
Y qué placer tan hondo y tan delicioso el
mío al ofrecerle lo que él deseaba... ¡Qué
alegría al ver su alegría! ¡Qué ventura
al ver su ventura...!

Hay ¡pobre de mí! aquellos juguetes
que tantas horas de contento le propor-
cionaron... Que empleó en sus inocentes
juegos, y á los que á veces hablaba como
si tuviesen vida y le comprendieran;
aquellos objetos tan preciosos para mí
yacen también en el panteón del reposo.
Son como reliquias santas á quienes el
solo contacto de manos extrañas profana-
ría. Yacen muchos... tristes... inmóviles
en obscuro rincón; porque al no tener ya
vida las manos que los animaron, parece
que también ellos han perdido algo de
vida que tuviesen antes... Parece que tam-
bién han muerto...!»

Al pedirme hoy mi querido amigo el
jefe de la sucursal que el «Bazar Murcia-
no» posee en esta población, algunas lí-
neas para el periódico anual que ese ele-
gante centro publica, no he podido por
menos de ofrecerle esa triste memoria
que acude á mi pensamiento. Porque en-
tre las brillantes facetas de la alegría y
del contento que han de lucir en las pági-
nas de esa publicación, justo es que se
muestre también, aunque sea pálida y
triste, alguna que nos recuerde esos
amargos y puros idilios de la vida... algo
que nos haga pensar, aunque no sea mas
que por un instante, en esos pobres ju-
guetes muertos...!»

Fulgencio Barado.

Cartagena y Agosto de 1900.

CRÓNICA

EL BAZAR MURCIANO ha tenido el
privilegio de ser, no solo el estable-
cimiento mas favorecido de la capi-
tal, sino también el periódico mas
buscado y leído de cuantos en ella
ven la luz pública.

Como comerciante y como direc-
tor-proprietario de dicha publica-
ción, el amigo Blazquez puede con-
siderarse como el niño mimado del
público murciano.

En el primer concepto, no hay pa-
rroquiano que le regatee; ni parro-
quiana, que es lo mas singular: an-
tes por el contrario, es tal el crédito
que su buena fé inspira á todos y á
todas, que no es raro el caso de que
se le haya pagado mas de lo pedido.

¡Todo porque el pobrecito no ex-
perimentase perjuicio alguno en la
venta!

En el segundo concepto—en el de

periodista—no hay director de periódico en Murcia que goce de la inmunidad que él: contra su persona no se dirige ataque de ningún género por ningún «carinoso» colega: antes por el contrario, todos le elogian y le tributan frases de afecto.

Quizás esto sea debido á que El BAZAR es periódico anual: otro gallo le cantara si fuera diario, ó semanal siquiera.

Pero de todos modos ¿puede darse suerte mayor que la que disfruta el buen Blázquez?

En su periódico y bajo su dirección, colaboran los mejores escritores de Murcia y aun de la provincia: todos aguzan el ingenio, cuando llega el mes de Agosto, con tal de ofrecer sus mas preciados frutos al elegante y simpático anuario.

Viejos y jóvenes, sabios eruditos y laureados vates, escritores y poetas que son una brillante realidad ó constituyen una gran esperanza, todos aportan el óbolo de su saber ó su inspiración á la obra literaria, puesta al servicio del acreditado y precioso BAZAR.

Durante esos días de preparación del periódico, Blázquez se multiplica: y á la vez que ofrece á sus parroquianos múltiples y ricos objetos recién llegados, de caprichosa y sugestiva novedad, vigila el paso de sus colaboradores perezosos por la calle de la Platería, para salirles al encuentro y recordarles la perentoriedad del plazo para la entrega de originales.

Es mucho hombre Ricardo Blázquez: mucha actividad la suya y muchas las simpatías con que cuenta entre los murcianos!

Entusiasta de su Bazar (establecimiento) é idólatra de su BAZAR (periódico), á tal entusiasmo é idolatría tal superan los que siente por su pequeño vástago, la mejor y mas perfecta sin duda alguna de sus producciones.

Que Dios se lo conserve muchos años, y que herede la actividad y las simpatías de papá y todas las recomendables cualidades de éste, el futuro director de EL BAZAR MURCIANO!

¿Qué mejor herencia para un hijo, que la de un apellido honrado, con los prestigios de la virtud y el trabajo, y que escudos ni qué pergaminos podrán compararse con ella, digan cuanto quieran los que aun rinden culto á esas averiadas rancias?

J. Bautista Monserrat

¡¡Imposible!!

Venir a Murcia y no pasar por la calle de la Platería, es imposible.

Ella es estrecha y sombría, pero constituye la arteria principal de la población, la vía más céntrica, la vía que une dos de los sitios de mayor movimiento; hace veces de paseo donde se ven y se admiran las bellezas femeninas, de todas clases, que tiene Murcia.

Pasar por la Platería y no detenerse á examinar los objetos que exhibe EL BAZAR MURCIANO, es imposible.

Están repletos sus escaparates de tan caprichosos y variados objetos, que la persona más despreocupada é indiferente, se halla atraída por el deseo ó la ansiedad de ver todo aquello que á su vista se le ofrece.

Detenerse ante los escaparates del BAZAR y no entrar en él y comprar algo, es imposible.

Es el establecimiento más completo, de él no puede salir nadie sin encontrar lo que busque, porque allí, hay de todo. No ya solo objetos puestos á la venta, sino amabilidad, buen gusto, economía y... hasta conversacion.

De modo que venir á Murcia y no

comprar algo en el BAZAR MURCIANO, es imposible.

Ya lo sabeis, forasteros.

Narciso Clemente Chípuli

La Conspiración

Habian sonado ya las dos de la madrugada y el silencio más absoluto reinaba en la calle de la Platería. En el BAZAR MURCIANO la oscuridad era completa: todos dormían profundamente después de un trabajo, si no rudo, incesante, de muchas horas. Como se acercaban los días de feria, Ricardo y los muchachos estuvieron aquella noche arreglando el BAZAR hasta después de la una. La tarea exigía por necesidad el empleo de varios días, motivando esto que arriba en el almacén estuvieran confusamente revueltos por el suelo y las mesas los mil artículos de entre los cuales se iban eligiendo los más modernos y caprichosos para ofrecer en los días de feria á la admiración de propios y extraños el magnífico espectáculo de una verdadera Exposición de arte, que no otra cosa parece entonces el BAZAR MURCIANO.

Uno de los balcones, el que dá á la Plaza de Jouffré, quedó inadvertidamente abierto y por él entró un pequeño rayo de luz de la linterna del sereno, que venía pausadamente de las Cuatro Esquinas imprimiéndole al farol un movimiento oscilatorio. La tenue claridad que alumbró un instante el almacén, agitó como sacudida eléctrica los innumerables objetos esfumados en las tinieblas, que nuevamente reinaron en el local; extinguióse el rumor de los pasos del-sereno y la soledad y el silencio volvieron á enseñorearse del almacén y de la calle.

Al poco rato, una claridad más intensa, cuyo origen se desconocía, acusó los variados contornos de tanto y tanto objeto, envolviéndolos en una dulce semioscuridad de crepúsculo, y otra vez se animaron á la llegada de la luz, cual si esta les prestase la vida que les robaban las densas oscuridades de la noche. Aquellas creaciones del hombre, maravillas de lujo y de buen gusto, llevaban en su ser gérmenes extraños de vitalidad que al contacto de la luz parecían sacudir la inercia que las emperzaba en las tinieblas.

De pronto, una voz suave, melódica, casi imperceptible, salió de entre un grupo de mayólicas que estaban en el extremo de una mesa fraternizada con magníficos bronce. Era el que hablaba un pastorcillo alpino que, recostado en una ánfora de forma esbelta, ceñía en amoroso abrazo el talle de una gentil *fanciulla*, de mirada dulcisima. Más allá, de una caja de guantes lujosísima de *páuche* rosa pálido y pintada cubierta de cristal biselado, surgió un torrente de notas; pero no eran una melodía tierna ni cadencias de wals, sino un himno guerrero desesperado, ronco, que se atropellaba por dejarse oír; de las oquedades de una coquetona mafea que estaba reclamando la enguantada mano de elegante viajera, se escapaban gritos de protesta: fieras amenazas; lindísimos puñales y navajas de todos tamaños, lanzaban siniestro brillo de sus immaculadas hojas, abriéndose las últimas pausadamente, como dispuestas al combate: nudosos bastones avanzaban de entre la valiosa colección que ocupaba todo un ángulo del local y se ofrecían á servir de argumentos contundentes; unos falderillos de porcelana que para adorno de las mesas había en un estante, creyeron tambien prudente significarse y enseñaron sus menados diente-cillos; hasta unas ligas preciosísimas que envueltas en fino papel de seda habían quedado sobre artística columna de nogal, rompieron la débil carcel y se estiraron figurándose quizás, que ya ceñían deliciosas formas.

Indudablemente, algún motivo grave debía de existir cuando todos los artículos protestaban amenazadores contra lo que venía ocurriendo en el BAZAR. En vano un incomparable cronómetro de oro, de los que Blázquez regala por 20 pesetas, quiso imponer su autoridad á los revoltosos, dejando escapar la cuerda para lograr unos instantes de silencio. Una corneta con boquí-la de porcelana le interrumpió bruscamente apenas empezó á recomendar sensatez, enumerando el capítulo de cargos que justificaban el casi unánime enojo de los compañeros.

No es posible—decía—que continuemos así. El dueño, D. Ricardo, nos tiene abandonados á merced de Luis y de Primo, dos muchachos que nos tratan sin compasion. Nos suben, nos bajan, nos colocan allí, nos cambian al instante de sitio.... no nos dejan reposar un momento. Luego se les olvida volvernos á donde estábamos y nos abandonan después de subirnos del Establecimiento y ser mirados y remirados por el público, en cualquier parte, expuestos á padecer en nuestra delicada fragilidad ó un golpe que nos inutilice ó la acción muchas veces dañina del sol y de la lluvia.

Menos mal—continuaba una monísima chiqueta de mayólica, tendida en camisa jugando con un gato— cuando somos objeto alguna vez de los cuidados de Federico. Este, con su gravedad británica, nos guarda las mayores atenciones y tiene para todos exquisitas delicadezas. Un joven así nos convenia más bien que estos dos, distraídos siempre, cada uno con sus aficiones. ¡Pues no se asomó la otra mañana Luis al balcón llevándome en las manos

para piropear á una doméstica, muy guapa por cierto! ¡Qué sol cala! Así me hizo sudar el muy pilla!... Como llevo tan poca ropa...

Eso no es nada, ni vale nada en comparación con lo que tenemos que sufrir los perfumes.—De este modo se expresaba una gran hotella de superiorísima Agua de Colonia, de un litro de cabida, marca H. Etc.ª T. Warden'S., de London, cuya exclusiva posee en Murcia y su provincia el BAZAR MURCIANO.—A nosotros nos tiene indignados ese Antonio, porque, como le ha dado por el *percal planchao* y á las mujeres les agrada tanto oler bien, no pueden Vds. figurarse qué manera tienen de *jalearlo* para que les dé el género barato. ¡Oimos cada frase!... No pasa día sin que escuchemos media docena de veces, lo meros, que tiene unos ojos *gitanos*, que es un moreno muy *salao*... en fin... Cuando se trata de señoras, ya es otra cosa, porque entonces trabaja Ricardo. Pero con Antonio, criadas, sastresas, peinadoras... ¡la mar!...

La discusión iba presentando caracteres de motín. Hablaban todos, discutían, se acaloraban, proponían unos la forma de protestar y la rechazaban otros por débil ó poco práctica. Los juguetes, hasta entonces mudos espectadores de la escena, mezcláronse tambien en el debate y mientras una diminuta locomotora ponía en movimiento regular número de coches, creyendo deslizarse por un camino de hierro imaginario, dos clowns hacían piroetas sobre un aró al compás de una música muy agradable, balaba una oveja de goma, giraban alrededor de acabada pista unos caballitos, cantaba un canario en su jaula... Aquello era una algarabía indescriptible...

Al fin, un guerrero antiguo que con la tajante espada en la diestra y un estandarte, en cuyo centro campaba un reloj, estaba presenciando el desconcierto de los protestantes, con estentórea voz hizo el silencio y les habló así, después de agitar dos ó tres veces su pendón de guerra y trazar con la desnuda espada en el aire algunos signos misteriosos.

—Aun no habeis advertido, mentecatos, el peligro mayor. Cuantas quejas esporceis sin pequeñeces en comparación de los días que os aguardan. D. Ricardo tiene un hijo que, si hoy es todavía muy niño, en el día de mañana será el tormento de los juguetes, el verdugo de los objetos de piel, la continua zozobra del barro y del cristal, amenazados siempre de sus manos inexpertas... el tirano, en una palabra, de grandes y pequeños. Pensad en eso y resolved antes de separarnos lo que debemos hacer en propia y legítima defensa, jurando todos por nuestro honor cumplir sin vacilar los acuerdos que se tomen.

Vitores y aplausos siguieron al enérgico apóstrofe del hombre de armas de otros tiempos. Un conejo de Indias, que tocaba el tambor con mucha soltura, propuso á continuación de un largo redoble, que se nombrara una ponencia en la cual había de entrar forzosamente el preopinante, y si bien se mostraron en esto conformes, no se pusieron de acuerdo para nombrar otros dos, porque todos los artículos querían estar representados en la ponencia. Quién decía que al pequeño se le debía asustar simplemente, y á ello se comprometían las pistolas de fulminante; las armas blancas, sobre todo los grandes cuchillos, cuya nobleza es bien conocida, exigían un sacrificio en toda regla, sin consideracion alguna; macetón hubo que se ofreció á desplomarse oportunamente sobre el niño desde el último estante en que se hallaba. Por último, convinieron en hacer cada cual lo que pudiese cuando el chico apareciera por primera vez en el almacén.

A todo esto, el día avanzaba ya tanto, que el sol iluminaba los últimos pisos, descendiendo lentamente. Tornaba el movimiento á invadir la casa y las puertas de hierro del BAZAR se enroscaban con bronco estrépito, empujadas por Luis, cuyos ojos hinchados denunciaban el sueño. Ricardo Blázquez bajaba de sus habitaciones con su hijo en brazos y penetró en el almacén, donde ya Primo estaba revolviendo cajones: y al verlo por primera vez al chiquillo, tan vivo, tan alegre, tan simpático, el odio de los objetos se trocó en entusiasmo. La pareja alpina lanzó un ¡viva! que fué repetido y repetido, los perfumes rompieron sus tapones y saltaron como fuentes en señal de júbilo, las panderas sonaron cual si fuese día de Navida, las ligas volvieron á dilatarse y el guerrero agitó su pendón en tanto que de los juguetes salían gritos de animales saludando al pequeñuelo.

Adolfo Baltos

ESE ES MI SECRETO

¡Ay, de mí! Estoy triste; muy triste.

—¿Y á mí qué me importa?—replícarán mis lectores. Tienen razón: á la mitad de la humanidad, á la que se *cria robusta*, á la que nada le duele, qué le importa que la otra mitad reviente, que sufra, que tenga penas y dolores... reumáticos.

Mal de muchos, consuelo de... Silvelas.

Pero es que esa parte de la humanidad no piensa que en la vida es todo vago, deleznable, que efimera es la dicha, el placer, que el ser mas feliz puede trocarse en un momento en el ser mas desdichado de la creación.

Yo también era feliz y hoy soy muy desgraciado.

¡Desgraciado!... ¿y por qué?

Ese es mi secreto: *eco il problema*.

Problema que por mas que pongo en prensa mi imagin, por mas esfuerzos que hago de inteligencia, no puedo dar con la solución; y esto y conocer el refrán de «quien canta su mal espanta», me hacen á veces *arrancarme* por lo sentimental, diciendo:

Yo contento en paz vivia...

Si, yo vivia contento; yo era muy dichoso aun en los días en que tenía que pagar la contribución territorial; pasé mis primeros años—los quince y los veinte,—sin recordar que pudiera llegar, como ha llegado, el funesto día en que veria desaparecer... tente lengua.

Ese fatal y temido momento llegó por desgracia y se hace preciso arrancar los secretos arcanos de la ciencia; se hace preciso evocar los espíritus de aquellos sabios astrólogos que predecían el porvenir, que componían filtros, el elixir de la vida, si he de resolver el árduo problema causa de mi infortunio, y que ha logrado convertir mi plácida existencia en un infierno abreviado.

Todo eso debo de hacer... ¿pero cómo?

¿Qué medio puedo adoptar que me conduzca á la realización de mis deseos?

No sé.

Mi cabeza arde como la lava que lanza el cráter de un volcan; es un dédalo de terribles confusiones, es un *laverinto árabe*, sobre mis sienas siento repercutir el fuerte y continuado martilleo del yunque de una fragua infernal que pone en tensión todo mi sistema nervioso.

¡Dios mio!... ¡Dios mio!... Calma este desasosiego, calma mi angustia, soluciona la tenebrosa incógnita que me conduce al precipicio, á la locura; envíame un rayo de Tu divina luz que disipe las lóbregas tinieblas que obscurecen mi debilitado cerebro; que ahuyente la densidad de la noche en que se halla sumida mi pobre inteligencia; que desaparezca la obsesión que me embarga y el acerbo dolor que ha producido en mi alma el ver caer uno á uno... ¿y mi secreto?

¡Señor!... ¡Señor!... iluminad mi entendimiento.

¡Ah! qué rayo de luz, no hay duda, me salvé, soy feliz, resolví el problema, hallé el remedio eficaz para mi calvicie...

—El Petróleo Gal.

—Bazar Murciano.

M. S. Hoyos

FINAL

Como soy de la casa y de la imprenta, me he venido á este sitio con mi pobreza; y aquí, en este pequeño misero espacio, proclamo que el famoso BAZAR MURCIANO, puede hacer, por sí solo, con lo que encierra, para chicos y grandes, toda una feria.

No hay que extrañarse: ¡Véanse los surtidos! ¡Véase la clase!

J. M. TORNEL.

¿Pues y yo aunque me achique dónde me meto? Yo me voy por el foro porque no quepo. Pero diciendo á todos con mil amores que en mi Bazar espero. Salud, señores.

RICARDO BLAZQUEZ.